

El mismo día de la conversacion del Indiano con el virey, Don Enrique estaba muy triste; apenas llevaba algunas horas de encierro, y ya no podia soportar el fastidio y la tristeza.

Don Diego entró á verlo, y abordó la cuestion sin ceremonia y sin embarazo.

—Perdonadme la franqueza—le dijo;—¿recordais haber tenido en la época de vuestra prision algunos enemigos personales?

—Ciertamente no, al menos que yo los conociera—contestó Don Enrique procurando reunir sus recuerdos.

—¿Con un Don Justo no teniais motivos de rencilla?

—No; Don Justo es el hermano de la mujer de mi padre, que en paz descanse, y con él no tuve nunca disgusto de ninguna clase.

—¿Sabiais ya que vuestro padre ha muerto?

—Sí; un hombre á quien debo un gran servicio, y que precisamente es muy amigo de ese Don Justo por quien me preguntais, me dió noticia de la muerte de mi padre: ¡pobre padre mio, me creeria muerto!

—¿Decís que ese hombre os hizo un favor, y es el de todas las confianzas de Don Justo?

—Sí; oidme: una noche, las gentes del virey llegaron á mi casa; yo estaba enfermo, tenia fiebre, y apenas, como entre sueños, recuerdo esto: me hicieron vestir y entrar en una carroza que iba rodeada de soldados: yo sabia apenas lo que me pasaba, iba como durmiendo: no sé cuánto tiempo caminé en aquel carruaje: de repente oí tiros y rumor de combate que duró muy poco, la puerta de la carroza se abrió y un hombre me hizo salir, me montó en un caballo y galopamos. Ya yo no supe en dónde pasó aquella escena, que para mí tenia algo de fantástica, porque perdí entera-

## XI.

## El hilo de Ariadna.

EL Indiano volvió á su casa decidido á emprender con todo ardor la empresa que le habia confiado el virey; pero necesitaba encontrar el extremo del hilo para penetrar en el laberinto.

Lo primero que le ocurrió naturalmente, fué dirigirse á Don Enrique, suponiendo que él sabia algo.

Don Enrique esperaba impaciente el término que habia señalado Don Diego para poder retirarse de México. La vida que el jóven iba á llevar durante aquellos dias, no podia ser mas triste; encerrado, oculto, sin mas compañía que los tristes recuerdos del pasado y las negras nubes del porvenir, Don Enrique tenia momentos en que creia volverse loco ó faltar á la palabra que habia dado al Indiano.

Algunas veces, Doña Marina, que era tan feliz, venia á hacerle compañía; pero aquella misma felicidad hacia recordar á Don Enrique su desgracia.



mente el sentido. Cuando volví en mí me encontré en una casa de Popotla, y me asistía una jóven, hija de un ciego á quien yo habia querido mucho y que se llamaba Paulita. Por ella supe que habia yo estado veinte dias en los bordes del sepulcro, que el virey me perseguia por un escándalo que yo habia dado en vuestra casa y que era necesario huir, y no mas. Yo recordé la escena que tuvo lugar en el baile, y perdonadme, os culpé de aquella mala accion.

No habia mas remedio que huir, porque me dijeron que tenia yo poderosos enemigos de gran valía con el virey; pensé que se trataba de vos y os juré un odio eterno.

Por Paulita supe que un hombre que la amaba era el que me habia librado de los hombres del virey. Conocí á ese hombre, y él me sacó de la ciudad y me llevó hasta Veracruz. Durante el camino le pregunté quién le habia dicho que me salvara, y jamás me lo quiso decir. Llegado á Veracruz me embarqué en una barca que iba para la Española, en donde viví como cazador hasta que me uní á Juan Morgan.

—¿Y ese hombre que os salvó, decís que es el hombre de confianza de Don Justo?

—Al menos así me lo aseguró él mismo.

—¿Y ahora dónde está?

—Casó con esa misma Paulita, y podeis encontrarle en el callejon que desemboca á la plazuela de los Estudiantes: allí vive; preguntad por él, es conocido con el nombre de el «Jején.»

—¿Y es hombre de entera confianza para vos?

—Mayor confianza tengo en la lealtad de Paulita, que el Jején, aunque me ha servido, le conozco menos.

—¿Es decir que á ella podré hablarle con franqueza?

—Sí; ¿pero qué intentais?

—Dejadme, yo tengo mis proyectos.

—Pero decidme al menos.....

—No; ya tengo el hilo y creo que todo se conseguirá. Adios, no tardo.

El Indiano, sin esperar mas, salió del aposento de Don Enrique, tomó su sombrero y se dirigió en busca de Paulita, repitiendo:

—Ya tengo un hilo.....

Aquel dia, Paulita habia ido á la casa de Julia, y el Indiano no la pudo encontrar.

En la noche volvió en su busca y la encontró.

Paulita no sabia qué pensar de la desaparicion de Don Enrique; en vano el Jején le habia buscado, en vano le habia esperado aquella noche; el Jején dijo á Paulita:

—Está oscureciendo, me voy á andar calles en busca de Don Enrique; quién sabe lo que será de él.

La muchacha se habia quedado muy triste esperando su vuelta, y se habia puesto á coser para distraerse un poco.

Llamaron á la puerta; Paulita abrió y el Indiano se presentó:

—Señora—dijo Don Diego—dispensadme; ¿sois por ventura Paulita?

—La misma, caballero; pero yo no tengo el honor de conoceros.

—No importa: Paulita, tengo con vos un negocio de que tratar; permitidme que entre y hablaremos.

—Pero caballero, ni tengo negocio ninguno con vos, ni está bien que deje entrar así á mi casa á esta hora á un desconocido; soy mujer casada y honrada.

—Nada teneis que temer de mí.

—¿Cómo puedo saberlo?



—Mirad, vengo á hablaros de un negocio de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—¿De Don Enrique?—dijo conmovida Paulita;—¿pero cómo me probais eso?

—Solo diciéndoos que se encuentra en México, cosa que solo sus mas íntimos amigos podrán saber.

—Teneis razon: entrad.

—Gracias á Dios—dijo el Indiano entrando y tomando asiento.

—¿Y bien?—dijo Paulita.

—Pues, Paulita, deseamos saber, esto es, Don Enrique y yo, la verdad de cuanto sepais acerca de todo lo que hizo vuestro marido para salvarle.

—Si Don Enrique os envia, no necesitais que yo os lo diga, que él lo sabe bien.

—Es verdad; pero hay cosas que ignora y desea y necesita saber.

—¿Cuáles son ellas?

—¿Quién envió á vuestro marido á salvarle?

—Yo.

—¿Vos?

—Sí, yo.

—¿Y cómo sabiais el riesgo que corria?

—¿Cómo lo sabia?..... ¿y cómo os llamais vos?

—¿Yo?

—Sí, vos, para saber á quién voy á confiarle este secreto.

—Yo me llamó Don Diego de Alvarez.

—¿Ese á quien llaman el Indiano?

—Sí, Paulita; ¿me conoceis?

—Os conozco, y por lo mismo nada os diré.

—¿Por qué?

—Claro; porque debeis ser enemigo de Don Enrique y no podeis venir de parte suya.

—¿Yo, enemigo de Don Enrique? ¿de dónde lo inferís?

—¡Oh! yo tengo muy buena memoria, y nunca olvido de que por causa vuestra iban á desterrar á Don Enrique.

—Eso ya pasó, y ahora somos muy buenos amigos.

—Lo dudo.

—¿Os convencereis si os traigo una carta de él?

—Entonces sí—dijo Paulita con alegría.

—¿Y me referireis todo?

—Todo, todo; pero ha de ser una carta escrita á mí.

—Voy por ella.

—Id, y sabreis cuanto querais.

—¿Vuestro marido estará aquí?

—¿Quereis que esté ó que no?

—Quisiera hablar á solas con vos.

—Bien; no estará aquí.

El Indiano volvió precipitadamente á su casa á traer la carta de Don Enrique para Paulita, y siempre pensando en el camino:

—Este es el hilo.

Paulita quedó sola, pero alegre.

—¡Dios mio!—decia—¿qué gusto! una carta suya y para mí, para mí; nunca he tenido semejante satisfaccion! ¿y voy á tener una carta de Don Enrique? ¿que me escriba á mí? me parece un sueño: ¡ojalá que vuelva pronto el Indiano!

Y á cada momento se ponía á escuchar por si oia los pasos de Don Diego que volvia.

Doña Ana habia esperado durante toda la mañana la llegada del Indiano, que segun lo que habian acordado, debia llevarla aquel mismo dia fuera de la ciudad.

La mañana pasó, y la impaciencia de Doña Ana fué sien-



do cada vez mayor: en la tarde no podía ya resistir; no solo no había aparecido por allí Don Diego, pero no le había enviado ni un recado. La jóven tenía ya preparado su equipaje, y estaba dispuesta para la marcha.

Mil encontradas ideas y á cual mas absurdas, se chocaban en la mente de Doña Ana para explicar aquella ausencia.

Unas veces creía que Don Diego la había abandonado, que la olvidaba, perseguido por el recuerdo de Marina.

Otras pensaba que el Indiano había reflexionado, y la creería indigna de su amor, por todo lo que sabía de sus amores con Don Enrique y con Don Cristóbal de Estrada.

Otras, en fin, se figuraba que alguna desgracia le había acontecido á Don Diego y le había impedido acudir á aquella cita solemne.

En todo pensaba aquella desgraciada, menos en la verdadera causa de la falta del Indiano, porque no podía ni remotamente figurarse que Doña Marina estaba ya en México.

Por fin, llegó la noche, y Doña Ana no pudo ya contener su impaciencia; tomó su velo, se cubrió perfectamente para no ser conocida, y se dirigió á la casa de Don Diego para salir de aquella horrible duda.

Llegó allí precisamente en los momentos en que el Indiano había salido y estaba en la casa de Paulita.

Doña Ana llamó á la puerta y preguntó por Don Diego de Alvarez.

—Su señoría no está en casa—contestó el portero.

—¿Volverá pronto?—preguntó Doña Ana.

—Lo ignoro.

—¿Podré subir á esperarle?

—Sí, señora.



D<sup>a</sup> ANA.— pag. 534.

Lit. de J. Rivera e hijo



Doña Ana subió la escalera y se dirigió á una puerta en donde vió luz.

En aquellos tiempos no se usaban timbres ni campanas para anunciar á los que llegaban, y Doña Ana se acercó sin ser sentida hasta una de aquellas puertas; miró hácia dentro y retrocedió, como si un fantasma se hubiera levantado repentinamente delante de ella.

En un sitial, cerca de una mesa sobre la que ardian dos bujías de cera, cuya luz bañaba de lleno su rostro, estaba Doña Marina, teniendo en su regazo á su pequeña Leonor.

En aquella posicion Doña Ana pudo reconocerla inmediatamente, y por eso retrocedió aterrada.

En el primer momento de su asombro no supo qué hacer, y volvió á mirar; entonces cerca de Doña Marina descubrió á Don Enrique.

Esto le hizo comprender lo que pasaba; Don Enrique habia traído á Doña Marina, el Indiano la habia recibido, y Doña Ana estaba olvidada. Es decir, Don Enrique habia destruido de un golpe toda la felicidad de Doña Ana. Doña Ana volvía á quedar abandonada para siempre.

Reflexionó un momento, y comprendió que debia retirarse sin ser vista, y así comenzó á hacerlo, cuando sintió que álguien se acercaba por el lado de la escalera.

Afortunadamente para ella el corredor estaba oscuro, y pudo ocultarse detrás de unos tibores chinos que tenian unos grandes arbustos de naranjos.

El que llegaba era el Indiano, que pasó tan precipitadamente á su lado que no la vió.

Doña Ana procuró oír lo que decia; la puerta estaba abierta y el Indiano hablaba en voz alta.

—Don Enrique—dijo Don Diego—hacedme la gracia de escribir una carta para la persona que yo os diga.



—Con mucho gusto—contestó Don Enrique.

—Ahí teneis recado de escribir; yo os dictaré.

Hubo un rato de silencio, y luego dijo Don Enrique:

—Estoy dispuesto; decid:

Don Diego dictó la siguiente carta, de la que no perdió Doña Ana ni una palabra.

«PAULITA:

«Te ruego en nombre del cariño que te profeso, que referas á Don Diego de Alvarez, amigo mio y portador de esta, todo cuanto sepas acerca de mi destierro por orden del virey, y de mi salvacion en aquella vez.

«El objeto de esta revelacion es reclamar los derechos que tengo al nombre y á la herencia de mi padre.

«Paulita, siempre te querrá

«ENRIQUE RUIZ DE MENDILUETA.»

—Perfectamente; cerradla, porque me voy en el acto á ver á Paulita que me espera.

—¿La encontrásteis?

—Fácilmente; vuestras señas fueron exactas: en el callejon que desemboca de la plazuela de los Estudiantes, la única casa.

Doña Ana no esperó mas; bajó apresuradamente la escalera, salió á la calle, y fué á sentarse en la oscuridad cerca de la casa cuyas señas acababa de adquirir.

—¡Oh! Don Enrique!—pensaba Doña Ana—tú me quitas de un golpe mi felicidad; pero yo te impediré lograr tus planes, á menos que consentas en casarte conmigo; hombre por hombre; me quitas un marido, debes darme otro, ó me vengaré cruelmente.

Poco despues de haber llegado allí, Doña Ana oyó los

pasos de Don Diego que se acercaba, le vió llamar á la casa de Paulita y entrar; despues se cerró la puerta por dentro.

—Ahora á observar—exclamó Doña Ana;—ya tengo yo el hilo de este negocio.

Y con mucha precaucion se acercó á la puerta, aplicó un ojo á la cerradura y despues el oido.

Paulita leia la carta de Don Enrique con una emocion que no podia disimular.

Despues, Doña Ana oyó que hablaba la jóven. Era que referia al Indiano toda la historia de la salvacion de Don Enrique, comenzando desde que el Jején le habia descubierto que iba por orden de Don Justo á sorprender á la escolta que lo custodiaba, para asesinarle.

—¡Ya tengo el hilo!—exclamó Doña Ana, y procuró no perder una palabra de lo que se hablaba en el interior.